

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 23 de Septiembre de 1897

Núm. 357

NUESTRAS ARTISTAS



La diva catalana Josefina Huguet

Un fallo de Sancho Panza

II

Concedida la palabra á doña Laura para que expusiese su defensa, expusóse de esta suerte en tono mesurado y firme:

—No entra en mi ánimo, señor Gobernador, negar mi culpa ni desmentir la acusación que este mi esposo descarga sobre mi cabeza de una manera tan pública, y sin tener en cuenta que al avergonzarme delante de todos se saca él mismo á la vergüenza. Mi falta es notoria, y la confieso con sincera humildad. Si acreedora soy á castigo, pronta estoy á recibirlo; pero ya que vuestra alta justicia me convida á hablar, y puesto que no hay culpable que no tenga derecho á decir lo que crea necesario, si no para eximirse de pena, para aminorarla cuando menos, y justificar hasta donde pueda, en el juicio de los hombres, la razón de su delito, diréle á Vuesa Excelencia también y á cuantos nos escuchan, que si mujer infiel he sido, no debe atribuirse la causa principal de ello á mi propia liviandad, sino á la liviandad y á la torpeza de mi marido.

Irguióse muy irritado el don Telesforo al oír esto, y agitando los brazos increpó con gran fiereza á su consorte, pero le atajó al punto la voz del Gobernador, que con aspereza le hizo presente que si hasta entonces había hablado, sin que nadie le interrumpiese, justo era que dejase hablar á los demás y respetara sus discursos. Aunque refunfuñando, obedeció el viejo hidalgo, y su gentil señora continuó diciendo:

—Si: de mi pecado ha sido él, mi esposo, el verdadero autor, no sólo por ser siempre hombre viejo y achacoso que casa con mujer moza, el principal causante de sus propias desdichas, sino porque en este pleito ha hecho don Telesforo cuanto en su mano ha estado para... para ser lo que es. Y porque no creáis, señor Gobernador en mi ánimo que son estos razonamientos de hembra enredadora y embustera, voy á deciros cómo se pasó mi primera edad y mi doncelléz en pocas palabras.

Verdad es que mi difunto padre, que Dios haya en gloria, tuvo la mala idea de designar por tutor mío á don Telesforo, creyendo que éste pagaría con desinteresado cariño el gran servicio que de aquél recibiera cierta noche, que atacado por unos bandoleros, sólo debió la vida á la valerosa mediación de mi padre. Mil veces mejor hubiese sido para mí que no se acordara de tal aven-



tura, y que en vez de encomendarme á la protección de su amigo, me confiara á la de mi nodriza, que no me habría, á buen seguro, desamparado; mejor, sí, mil veces hubiese sido mi destino, si en lugar de criarme para dama, me criaran para aldeana.

—Y mejor también fuera para mí—exclamó el quejoso hidalgo—que os dejara yo en el puesto que estabais, en vez de encumbraros, como en mala hora lo hice.

—¡Silencio!—ordenó el buen Sancho—y dejad hablar.

—Albergue, mesa, vestidos y maestros me dió mi tutor—prosiguió doña Laura,—y mucho le agradecería sus cuidados, si al propio tiempo me hubiese dado la libertad honesta y bien medida de que debe gozar toda doncella honrada. Pero lejos de ser así, encerróme con tal tiranía, que en lugar de ser su casa grato refugio para mi orfandad, fué tan sólo prisión estrecha, de la cual me era permitido únicamente salir los días de fiesta para ir á misa primera, y custodiada siempre por don Telesforo, que no me perdía un momento de vista, me celaba con severa vigilancia, y más que protector, era mi carcelero y alguacil. De esta suerte, sin distracción ninguna, sin solaz y sin ventura, transcurrió mi existencia, hasta el día en que mi corazón empezó á sentir y á hablar con la dulce sensación del primer amor.

Crispó don Telesforo los puños, y lanzó una mirada rabiosa al joven caballero que, silencioso, inmóvil, esperaba la resolución del asunto como co-acusado, ante el tribunal de Sancho Panza.

—Este sentimiento,—siguió diciendo la dama,—supo inspirármelo el hidalgo aquí presente, quien después de pasearme la calle, me escribió tiernísimos billetes, pintándome un ardoroso afecto y jurándome que toda su dicha la cifraba en poder llamarse mi esposo y convertirse en dueño y esclavo mío. No he de ocultar que correspondí en seguida á su respetuoso cariño, y que también cifré mis más dulces esperanzas en aquel naciente amor y en verlo santificado, como Dios y las leyes mandan. Pero á nuestros justos y castos deseos se opuso la voluntad de mi guardián, que una mañana me manifestó la resolución que había tomado de trocar sus derechos de tutor por los de esposo. Quise resistir á pretensión tan descabellada, que al propio tiempo que contrariaba el profundo amor que supiera inspirarme el elegido de mi corazón, éralo asimismo á mi modo de sentir respecto de don Telesforo. La sola idea de unir mis diez y ocho primaveras á los sesenta inviernos que él contaba me repugnaba hasta tal grado, que en mi interior me dije que la muerte era preferible á semejante cadena. Reprimí, no obstante, mis impresiones, y muy acongojada, me limité á suplicar á mi tutor renunciara á sus intentos, que tan poco se avenían con su avanzada edad. Insistió él, muy enojado, y entonces le confesé que nunca podría consagrarle el amor de esposa, por tener ya entregada mi alma á otro hombre, con quien me ligaban recíprocas promesas que no podía ni quería olvidar. A estas razones, que bastaran para convencer á varón más cauto y menos obstinado, no quiso rendirse don Telesforo; antes bien, cegado por su malhadada lascivia, juró y perjuro que de nadie más que de él había de ser y que tenía yo que elegir entre la clausura rigurosa y eterna de un convento, ó el título de esposa suya. Vanos fueron mis ruegos y mis lágrimas; nada pudo ablandar su tenacidad, y como en aquellos días estuviera ausente mi galán, á quien asuntos de gran monta retenían en la Corte, me encontré sola, sin auxilio, ni protección. Quise fugarme, y no pude, pues mi carcelero me vigilaba estrechamente; tuve miedo de que cumpliera sus amenazas, encerrándome en un claustro; fuí débil, me sentí cobarde, y, finalmente, hubo de consentir esta infeliz en el más odioso enlace que su pensamiento podía concebir. Caséme con mi tirano, que una vez dueño de mi persona, en vez de hacerme olvidar con su buen trato y con sus finezas la violencia hecha, se afaná en acrecentar la repulsión y el desvío que me inspiraba, mostrándose cada día más celoso y malhumorado, te-



niéndome prisionera en su casa, atento á mis menores acciones, y tomando en las más inocentes pretexto constante de injuriosas sospechas y de acerbos reprimendas. Consiguió, en fin, cansar mi paciencia de tal modo, que determiné vengarme; y como no hay venganza más sabrosa para la mujer airada y perseguida, que la que todos sabéis y es ocioso nombrar, y como además no había podido olvidar el afecto que sentía por mi antiguo pretendiente, y éste continuaba rondando mi calle... hice lo que tantas han hecho y seguirán haciendo si se encuentran en mi caso, ó quizás sin encontrarse en él. Burlé la vigilancia de mi marido, y pasó lo que había de pasar: fui culpable; pero de



esta culpa, ¿qué mujer se librara hallándose en las condiciones que yo me ví?... De ingratitude mía se lamenta don Telesforo, pero ¿qué gratitud le debo yo? Acaso de los beneficios que creyó dispensarme no se ha cobrado con usura haciéndose dueño de mi juventud y de mi hermosura? De mi lascivia se queja; pero ¿por ventura no fué la suya mucho más inconsiderada y repugnante al obligar por la fuerza y la presión que una doncella inocente y sin amparo, que vivía bajo su techo, á sacrificar su doncellidad y sus encantos y sus ilusiones á las impúdicas caricias de un viejo asqueroso? Pesad, señor Gobernador, en la balanza de la justicia mis quejas y las de mi marido, y decid luego si no fué mil veces más ruín su proceder que el mío.

Calló doña Laura, y no se atrevió á replicar una palabra el anciano hidalgo, que quedó mustio y acobardado. Rascóse la barba el gobernador-escudero, en tanto reflexionaba profundamente sobre tan peregrina contienda sometida á su juicio, y así estuvo rascándose la largo rato, hasta que concluyó por decir:

—Liviana fuisteis, mi señora Laura, y por lo tanto quedáis condenada á dos docenas de azotes; pero liviano y además tonto de capiroté fué don Telesforo, que debe recibir doble ración que vos. Y como primero fué culpable el marido, pues á no serlo él tampoco lo fuera la mujer, empiece por él la azotaina.

—Protesto, señor,—exclamó con gran fuerza el sentenciado;—protesto que yo no soy villano, para que se me den azotes, sino hidalgo y muy hidalgo, y además no quiero que se diga aquello de que después de cor... apaleado.

—Pues entonces idos de aquí, y no volváis á parecer ni á quejaros; que si hidalgo sois vos, hidalga es ella, y no es justo que la mujer sobrelleve ella sola todas las consecuencias de la necedad del marido. Id en paz, mi señor don Telesforo, y tened en cuenta que la discreción en estas cosas aprovecha más que el escándalo, y que en materia de cuernos también, lo peor es meneallo.

JUAN BUSCON.

Cantares

Prueba que en el otro mundo
se estará perfectamente,
es que todo el que se va
se queda en él para siempre.

El día que se llevaron
tu cuerpo á la sepultura,
¡qué fiesta harían con él
los gusanos de la tumba!

No te quites de delante,
que yo no te hago más sombra
que la sombra que tú haces.

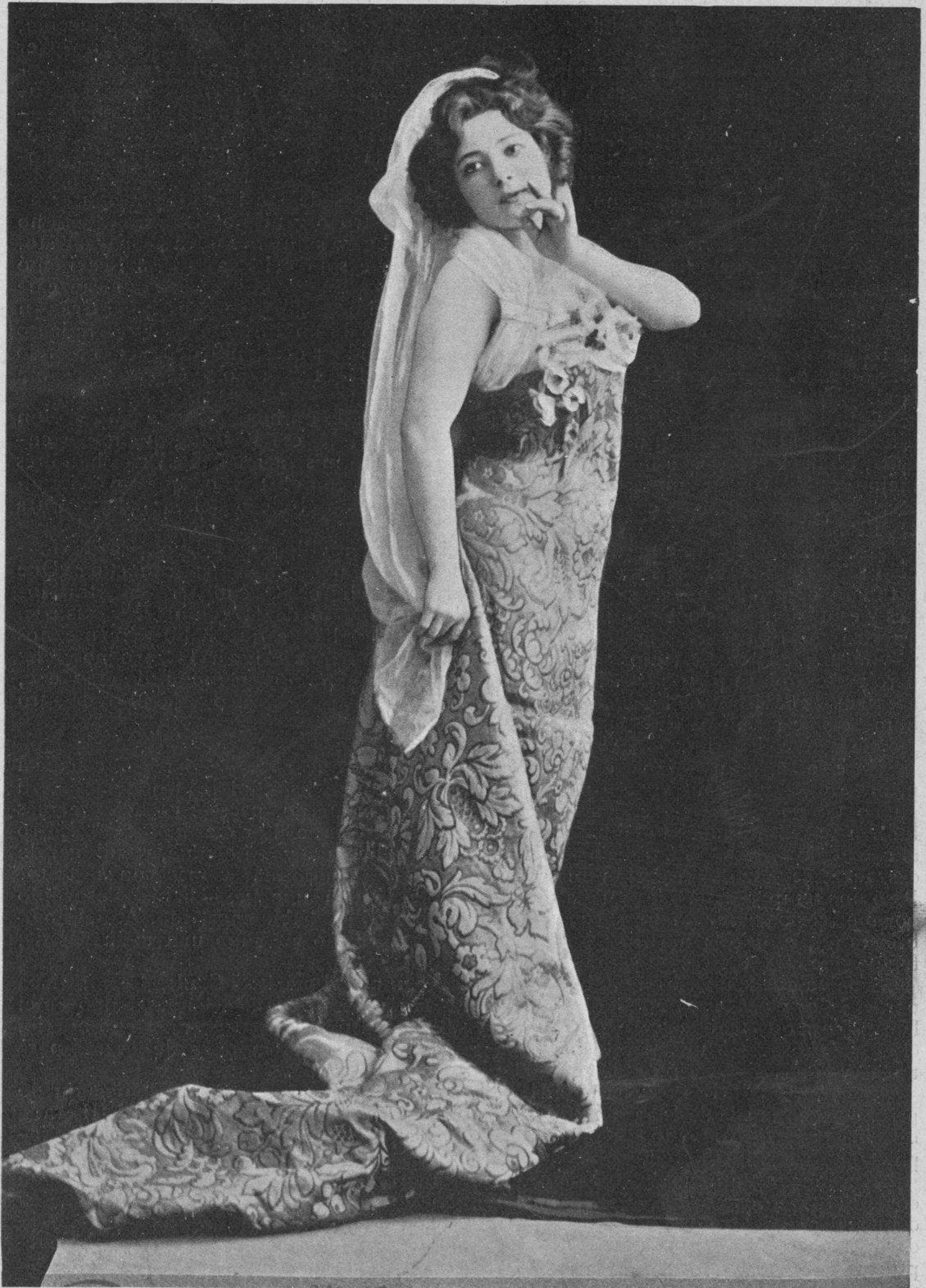
Si á tí te quemaran,
entre tus cenizas,
tu corazoncito, que es acero puro,
intacto hallarían.

Yo mi corazón te dí,
y como tú no tenías
¡qué bien te debió venir!

¡Oh rigor de los rigores!
A pesar de los pesares,
ella causa mis dolores
y ella inspira mis cantares!

C. DEL CORRAL.

REUTLINGER



¡Silencio!

La simpatía

El hombre guarda de la bestia, de la primitiva, todos los instintos poderosos que hacen posible la vida, que han acarreado el progreso. Sin el instinto de reproducción, que hace que nos complazcamos en funciones asquerosas de por sí, capaces de revolver el estómago más fuerte si se cumplieran sin el aguijón de ese impulso instintivo que empuja al macho hacia la hembra, la humanidad no existiría. Los primeros ejemplares humanos hubiesen esperado la muerte sin engendrar nuevas vidas. Sin el instinto de conservación tampoco estaría poblada la tierra. No habría acometedores ni vencidos. Por no causar daño á seres inofensivos, nadie comería, y la muerte reinaría como dueña absoluta sobre la superficie del mundo.

La simpatía y la antipatía no son sino manifestaciones de ese instinto de conservación, el más poderoso quizá de cuantos laten en nuestro organismo. La naturaleza no engaña nunca. El instinto que hace huir al ratón del gato siquiera nunca le haya visto, el que en pleno vuelo hace bajar la paloma si advierte sobre ella las alas del gavilán ó del águila, ese mismo avisa á los hombres cuando por primera vez se pone al alcance de su vista un hombre desconocido. ¿Es favorable la impresión que causa? Cultivad su trato sin reparo. ¿Produce, aun cuando sea por espacio de un instante, un movimiento de repulsión? Alejaos de él sin vacilación ninguna; huid las ocasiones de tener comercio más ó menos íntimo con él, porque es seguro que, tarde ó temprano, ese hombre os será fatal.

Aquellos que afirman que á primera vista, examinando un hombre, una mujer ó un niño, no sienten atracción ni repulsión; aquellos en quienes ese instinto, que nunca engaña, no habla, seres son incompletos y dignos de la conmiseración de los otros hombres mejor dotados. Ciegos morales, tropezarán de continuo con obstáculos que no aciertan á ver, y contra alguno de ellos quedarán estrellados, como el ciego del lazarillo, contra el pilar.

¿De dónde surge instantáneamente la presciencia maravillosa que dispone la adivinación rápida é infalible de las cualidades que tiene un sér por completo desconocido? ¿Qué intuición admirable nos avisa el riesgo y previene el peligro? ¿Qué misteriosas atracciones y repulsiones se ponen en juego sin auxilio ni mandato de la voluntad? ¿Existe en nuestro interior otra inteligencia más poderosa que aquella de que habitualmente nos servimos y de la cual estamos tan orgullosos? Vano empeño averiguar lo incognoscible: pero pretensión torpe negar el hecho, la evidencia. Siquiera no sepamos de dónde viene, aceptemos el aviso y obedezcamos siempre el instinto que nos aconseja huir de otro hombre ó acercarnos á él.

¿Se quiere ejemplos? Allá van.

Hace ya años, un amigo me presentó á un hombre que nada de particular tenía á primera vista que le hiciera antipático. Joven, ni alto, ni bajo, ni feo en demasía, ni guapo tampoco, risueño casi siempre, charlatán sempiterno, parecía el hombre más inofensivo del mundo. Sin embargo, me fué antipático desde el primer momento. Entró al cabo de poco tiempo á trabajar en el mismo periódico que yo. Le traté, y en lugar de desvanecerse la mala impresión que me produjera, se acentuó más y más con el trato. Pasó una temporada. Yo le evitaba todo lo posible. Un día supe que le habían despedido por motivos bien poco honrosos para él. El instinto no me había engañado. Aquel hombre era un perdido, tenía mala lengua y malas artes. Si no me jugó una mala pasada, fué porque no le dí ocasión para ello.

Es fama que Napoleón no había podido tragar nunca al mariscal Soult. Le apreciaba por su valor y por sus condiciones excelentes como jefe; pero jamás había tenido en él la confianza que tenía en Ney, en Lannes, en Bertier. Durante las guerras del Imperio, el mariscal Soult obtuvo mandos importantes; se le confiaron empresas de gran importancia y jamás dió ocasión á sospecha alguna.

Llegaron los días de prueba para Napoleón. Después de la campaña de Francia quedó prisionero en la isla de Elba. Soult había reconocido el nuevo amo. Luís XVIII era: rey del mariscal. Andando el tiempo, fué su Ministro de la Guerra. La antipatía de Napoleón quedaba justificada.

Al principiarse la Revolución Francesa, presentaron á Vergniaud á un joven que no era conocido ni como abogado ni como político siquiera; al cabo de muy pocos años debiera ser el árbitro de Francia. La cara, la facha, las palabras del joven eran adocenas y correctas. El gran orador sintió, sin embargo, á su aspecto una impresión de repulsión invencible.

El instinto no mintió tampoco. Aquel joven se llamaba Maximiliano Robespierre.

A. RIERA.

Remoque

Fué aquel cabo Remoque una de las figuras más interesantes que he conocido en mi vida de soldado; alto, bien constituido, recto de músculos y duro como una correa para las fatigas de la campaña. Tenía excelentes condiciones militares, y si no pasó de cabo, fué por aquella herida en el oído derecho, que dió con él en tierra después de la acción de Gorrionuela, tan fatal para nosotros.

No se sabía de Remoque otra cosa sino que había sentado plaza al principio de la campaña, no por aficiones al duro oficio militar, que no le gustaba, sino más bien con aires de desesperado, que optaba por aquello, como podía haberse decidido por pegarse un tiro. Pero del trágico suceso que le llevara á meterse entre nosotros, nadie supo nada.

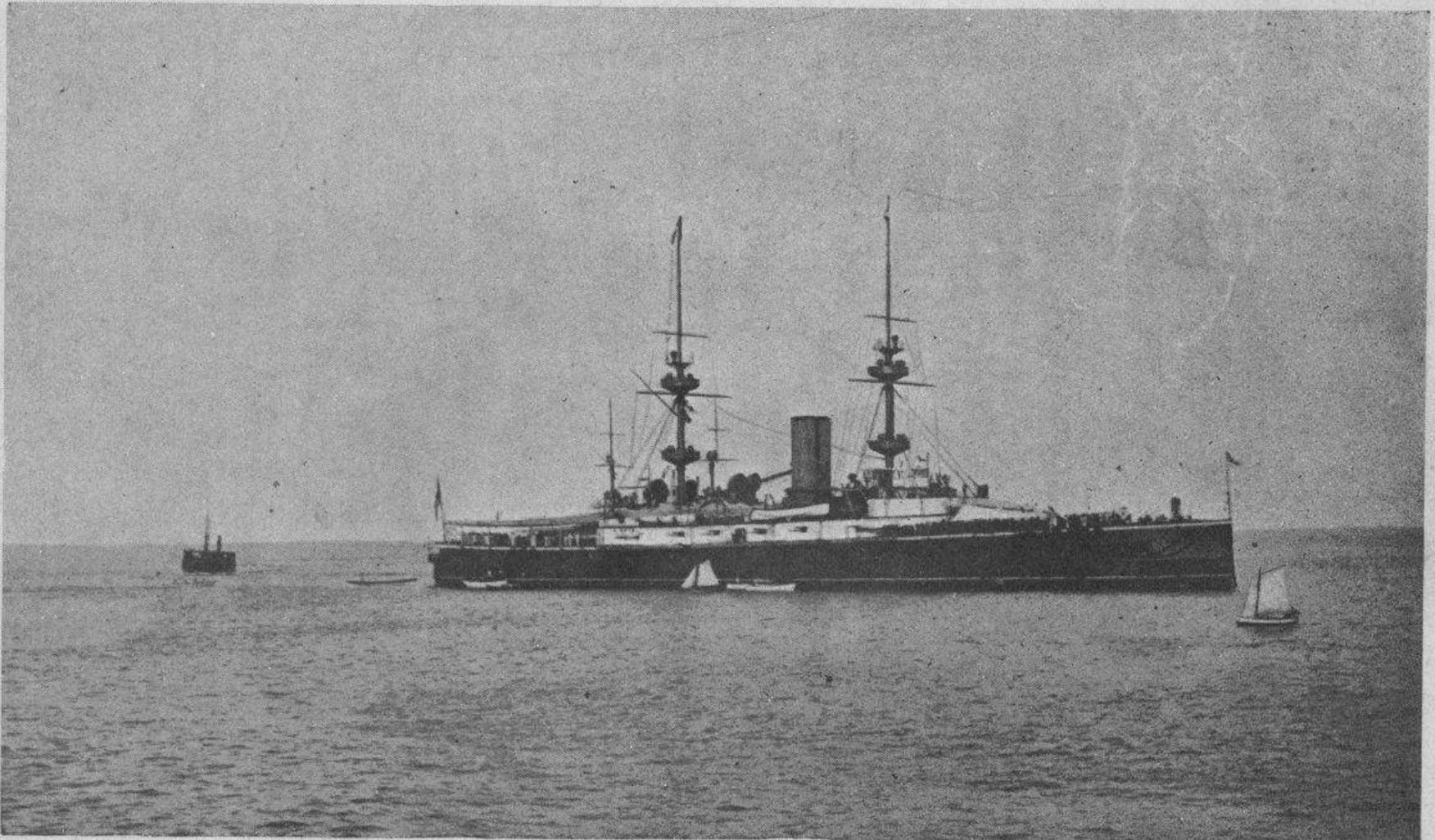
Yo, que miraba con más cuidado que los otros al fondo de las cosas, noté desde luego que Remoque no procedía del terruño, no tanto por sus maneras afinadas y su conversación limpia de la basura de barbarismos, tan común en las filas, sino por las deferencias que con él guardaba el coronel, prueba evidente de que Remoque no era un cualquiera, ni había llegado al regimiento totalmente desamparado.

Pero su venida obedeció á algo que le hiciera desesperar de las vanidades del planeta; lo cierto es que se le pasó pronto y enseñó en seguida el flaco que todos tenemos, y no podía faltar en Remoque, y era su incontinencia mujeril, en el buen sentido del concepto, dado que ni él pasaba á mayores sin licencia, ni era cosa fácil vistiendo el uniforme. Cierta que su empaque le facilitaba la satisfacción del apetito, porque estaba verdaderamente gallardo con las polainas ajustadas y el fusil al hombro en las marchas, resplandeciente de limpieza en las guarniciones, y llegó á tener gran partido entre las hembras de menor cuantía, y hasta alguna vez entre las de cuantía más elevada.

Sobrevino el desastre de Gorrionuela, donde, como os he dicho, nos volvió las espaldas el caprichoso dios de la guerra. Todo el segundo cuerpo, verdaderamente diezmado, volvió pie atrás en aquella tarde memorable, y aun no me doy cuenta de cómo pudimos pasar el puente para volver al pueblo, sin dejar la mitad de la gente en el camino. Cuando aquel día no se pegó un tiro el coronel Garrote, que vió al regimiento, loco de pánico, hacer de él el mismo caso que del polvo del camino, no se lo pega nunca.

Pues en el poniente fué donde Remoque, que se batía como una fiera, recibió el horrendo balazo en el oído; yo le ví, y con otros cuatro le llevé á Gorrionuela, á la ambu-

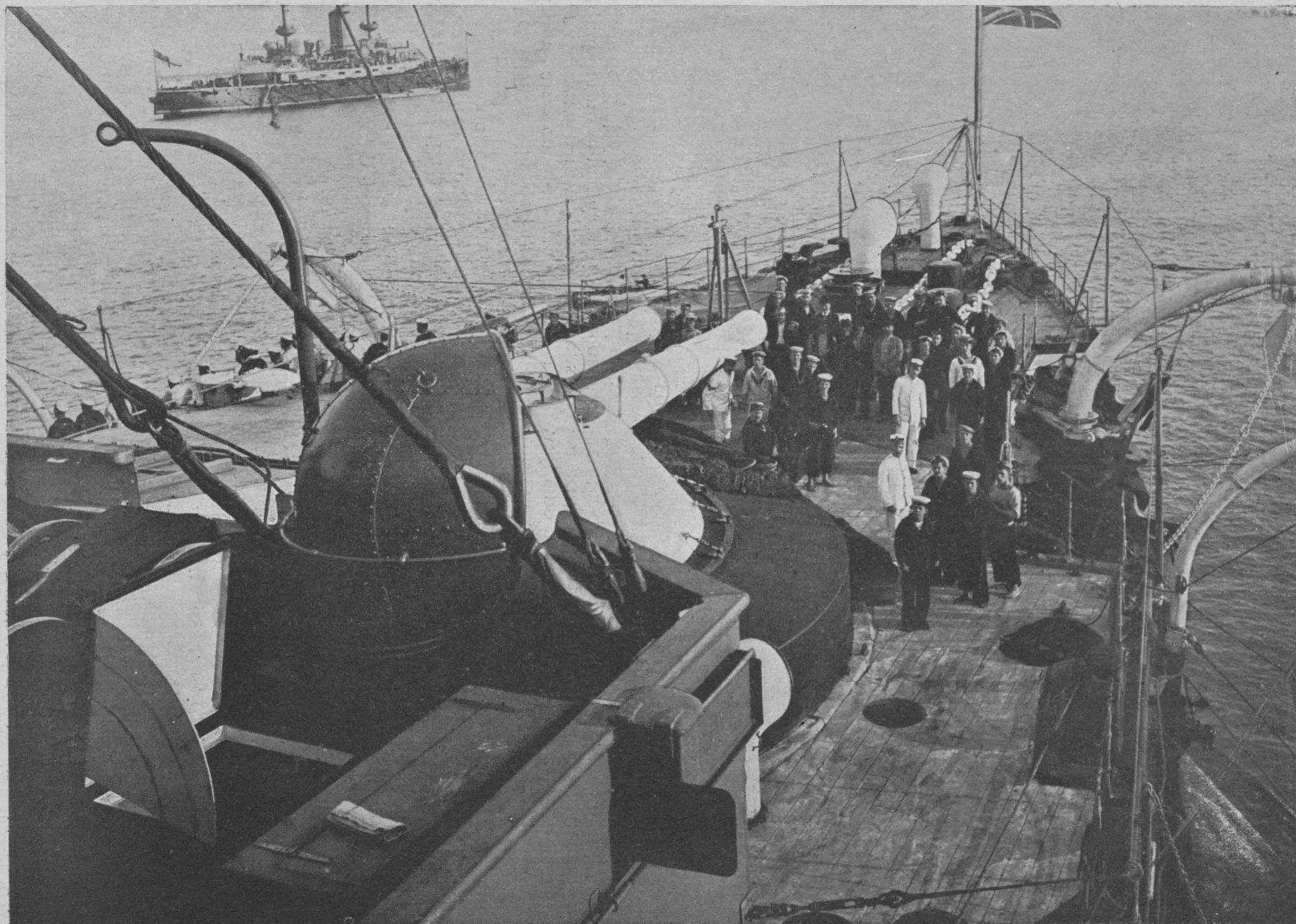
VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA A BARCELONA



El acorazado «Magestic», buque almirante de la Escuadra

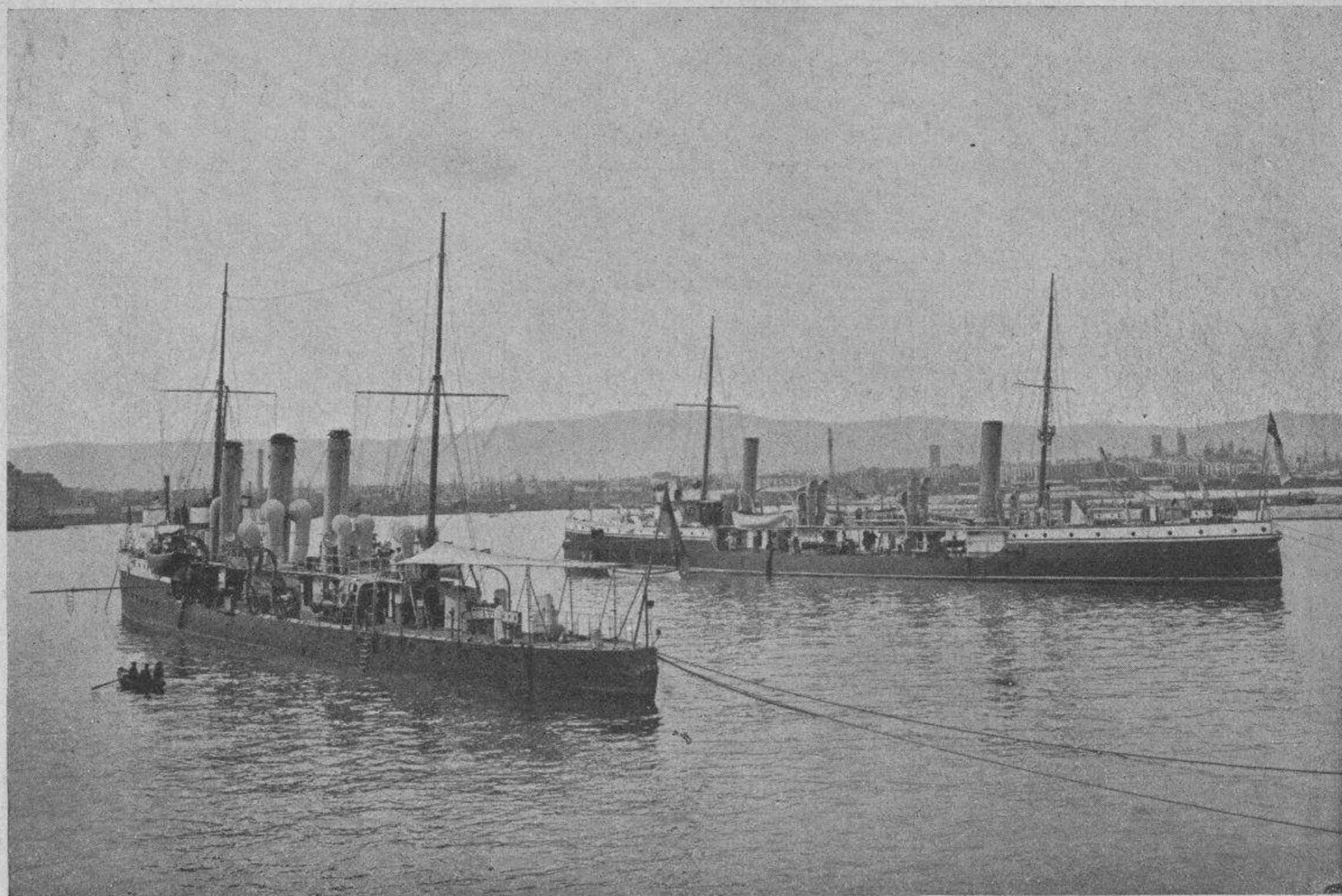
Fot. A. Merletti

VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA A BARCELONA



Vista de la proa del «Magestic»

Fot. A. Merletti



Cruceros avisos ingleses «Speedi» y «Halcyon»

Fot. A. Merletti

lancia del segundo cuerpo, donde el que más y el que menos tuvo que echarse un remiendo en el individuo.

En los dos meses que allí estuvimos, no logré averiguar con exactitud el nombre de la hermana que nos cuidaba. En el primer cuarto de hora lúcido que tuvo Remoque, se fijó en ella con ojos de *amateur*; no era guapa, ni siquiera bonita, pero sí extremadamente simpática y con una expresión de resignada dulzura en los ojazos negros, que daba ganas de detenerla al pie de la cama, y decirle:

—Mírame.

Remoque la llamaba sor Mariposa, sin duda por el aleteo de las tocas blancas cuando iba y venía, y como ninguno estaba en humor de averiguar más, con el nombre se quedó. Me parece todavía mentira que con la avería que tenía Remoque en el oído, tuviese humor de broma, pero no pasaba día sin que sor Mariposa se quedase un gran rato hablando con él junto á la cama, á lo que se prestaba humildemente; cuando tardaba, se le encendía el genio á Remoque y empeoraba.

Yo fui alta á los veinte días, pero obtuve permiso para quedarme con el cabo, y entonces supe que no tenía remedio, aunque el trágico final se haría esperar, como así fué, pues tardó cerca de dos meses. Pues bien, en estos dos meses le entró al pobre Remoque una pasión de ánimo increíble por aquella pobre mujer, hasta el punto de enterarse el médico y disponer que se fuese á otra sala; pero hubo que traerla al día siguiente, porque Remoque se negó enérgicamente á tomar nada que no viniese por su mano, y juró como un carretero, y tan seria se puso la cosa, que ella misma vino visiblemente apenada por lo que sucedía.

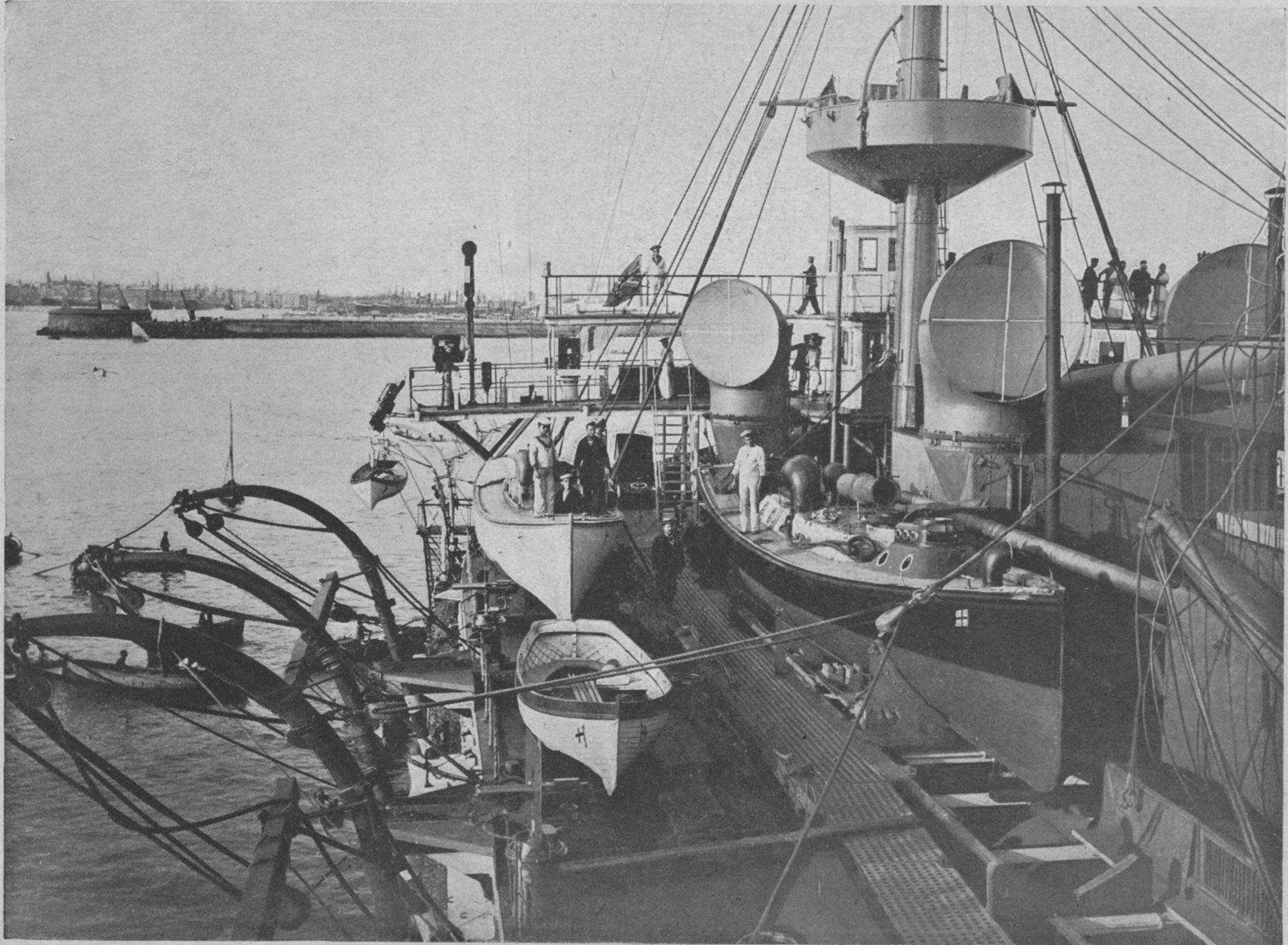
A los cincuenta días de la herida, se vió que Remoque no llegaba al cincuenta y uno, y hubo que disponerle para que se confesase. Yo se lo dije con miedo, porque sabía que consideraba aquello como una pamplina, y me contestó que no hacía falta. También el pater se lo dijo, y le contestó lo mismo, y ni aun el coronel le sacó de su negativa. Le dejamos solo con sor Mariposa, con profunda pena de ver que en aquel trance se ocupaba más de las cosas de aquí abajo que de las de arriba, pero luego supe que aquel indomable Remoque consentía en confesarse si ella á su vez consentía en dejarse besar; un beso solo, nada más que uno. Se apartó de él la pobre mujer casi llorando, y se quedó Remoque

TEATRO PRINCIPAL



1. Francisco Llano. — 2. Jaime Capdevila. — 3. Clotilde Domus. — 4. Antonio Serrallara. — 5. Vicente Barceló. — 6. Antonio Giménez. — 7. Acisclo Soler. — 8. Antonio Tutau. — 9. Ana Monné
 10. Ernesto Fernández. — 11. Antonio Manso. — 12. Carlota de Mena. — 13. Modesto Santolaria — 14. Hermenegildo Goula. — 15. Adela Clemente

VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA A BARCELONA



Detalle de la cubierta del «Magestic»

Fo'. A. Merletti

VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA Á BARCELONA



Torre blindada y grupo de marineros del «Magestic»

Fot. A. Merletti

muy exaltado y diciendo lo indecible de buen número de cosas muy respetables. Dijo el médico que moriría con aquel acceso de ira antes de media noche. Ví entonces que la hermana se iba á un rincón á rezar, á lo que me pareció; que se acercaba luego á la revuelta cama de Remoque, y le hablaba con extremada dulzura. Remoque no debió convencerse, y entonces ella se puso de rodillas con el rostro á la altura de la almohada, y se dejó dar un beso, uno solo, como él había pedido, pero tan ansioso y vehemente, que sonó como un estallido en toda la sala.

Se confesó tranquilo y sin dificultad luego, haciendo señas con las manos para que ni ella ni yo nos fuéramos; no nos movimos, yo muy apenado á un lado, ella al otro, en actitud triste y dolorida, y antes de media noche vimos que Remoque, con los ojos fijos en el techo, sosegado ya, rompía el sutilísimo lazo que une á su carne el espíritu, libre ya de impurezas de la tierra.

FEDERICO URRECHA.

Profecía cumplida

Á un albañil le decía,
con frecuencia, su mujer:
todavía te has de ver
bien, con el tiempo ¡alma mía!

Transcurrieron muchos años
y el pobre no progresó,
y amargamente lloró
del mundo los desengaños.

Al fin viejo y achacoso
fué á casa de un caballero

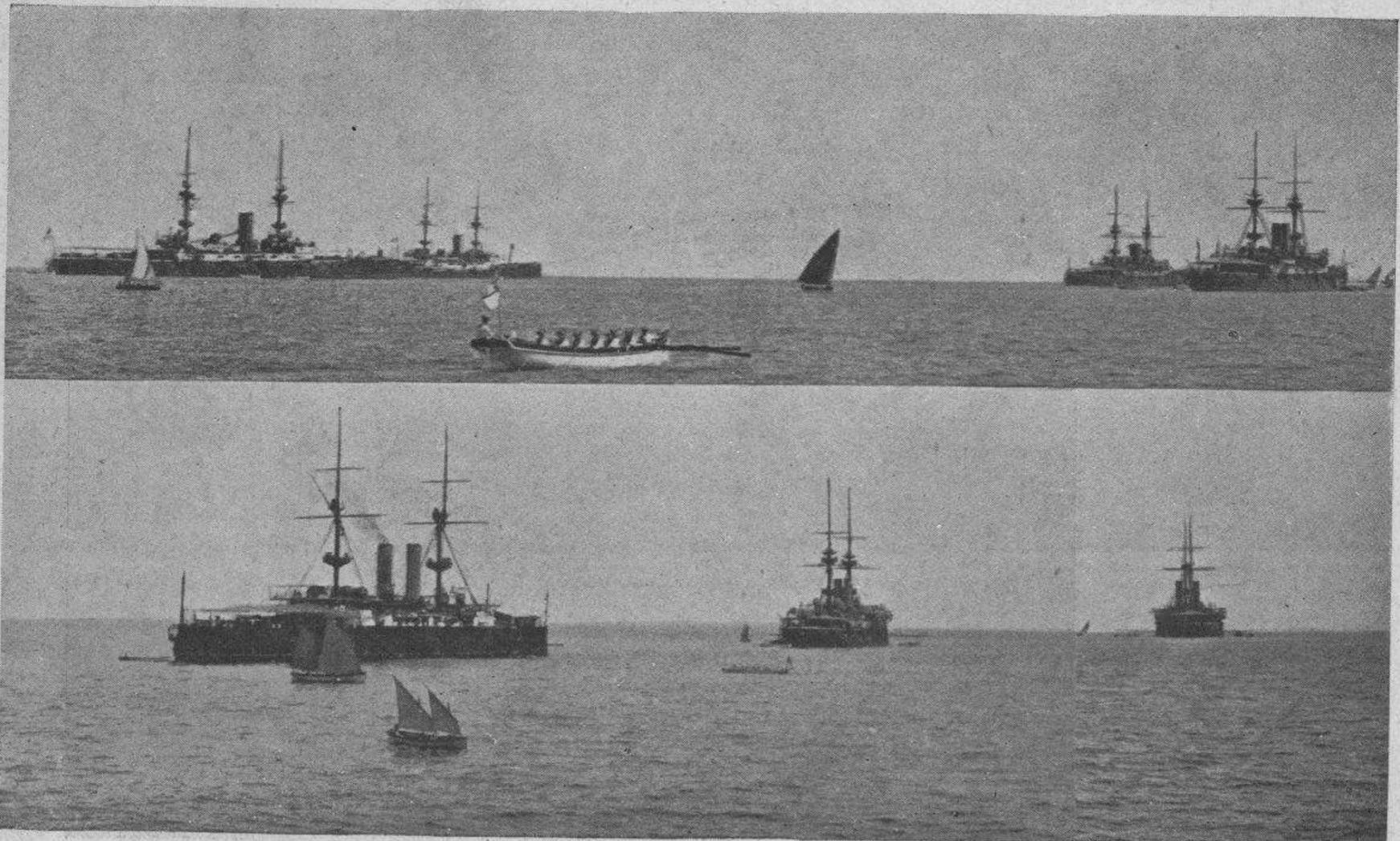
y se vió de cuerpo entero
en un espejo precioso.

Mudo en su contemplación
estuvo el pobre un gran rato,
y exclamó en un arrebato
rebotando indignación:

Por fin se llegó á cumplir
de mi mujer el deseo.
¡Dios mío, que bien me veó!
y... el pobre se echó á reir.

BENITO DELBROUCK.

VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA Á BARCELONA



Jupiter

Repulse
Magnificent

Victorious

Resolutions Hermiones
Mars



Mi botella y yo

Á JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Te saludo, Pepe.

Yo tengo muchos vicios, pero poseo una gran virtud, que consiste en reconocerlos. No es poco.

Y entre todos mis vicios hay uno, que no ejerzo aún porque me lo reservo para la vejez.

Si llego á ella, te lo aseguro, me propongo ser borracho.

Yo creo que Cervantes lo era. Perdónenme los cervantistas de toda la haz de la tierra, y convengan conmigo en que lo de beber no quita mérito al *Quijote*.

¿Tú recuerdas cómo habla del vino este grande hombre?

Se adivina que cuando trataba del zumo de las uvas, la boca se le hacía agua.

¡Qué admiración por el peleoncillo de Esquivias! ¡Qué exagerados elogios por Yebes! ¡Y qué erudición... *vinícola*! Conocía todos los mostos de la Europa de su tiempo.

¿Qué no habría bebido el que escribía de esta manera?

«Allí conocieron (dice hablando de *gaudeamus* en la hostería) la suavidad del Treviaño, el grande valor del monte Drascón, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los griegos de Candia y de Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la Clientola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin hacer uso de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la Risa; ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamarías.»

Cervantes lo entendía; pruébanlo sus reflexiones sobre este consuelo de penas, néctar divino,

*á quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo,*

como dijo colega retrospectivo, y como han dicho todos los escritores y poetas del mundo. El vino ha sido más cantado y rezado de lo que algunos creen.

Vinus bonus lætificat cor hominis, ha dicho el sabio. Sin él no hubiera mundo. Nos dicen en los cursos de química que donde no hay agua no hay habitantes.

Pues donde no hay vino ¿quién habrá? A menos de ser un pueblo de tontos.

A pan y agua condenan á los malos; como que el agua es un castigo. Limitate al agua de Colonia, las otras desprécialas. Lo que sirve para lavarse no puede servir para beber; eso sería inconveniente.

Digo; pues, que me reservo para la vejez este vicio hermoso mientras voy acabando con los otros, porque diferentes borrachos ilustres me han asegurado que con el vino olvidan sus penas; pero que como quiera que la borrachera está mal vista y peor tratada, y yo necesito de las gentes, y además debo dar ejemplo, cuando ya esté al fin de mi camino y á mis hijos tenga ya criados, y mi presencia no haga falta en ninguna parte, entonces he de retirarme por las noches donde nadie me vea y he de dormir con *papalina*.

¿Y sabes por qué?

Porque así olvidaré todo lo que me haya pasado en el mundo y me iré borrando de la memoria el haber estado en él; ya sabes, porque Shakespeare lo dijo, que la felicidad consiste en no haber nacido.

¡Olvidar... alegremente! ¡Ese es el colmo de los consuelos! Los borrachos lo entienden.

¡La lástima que á mí me da cuando veo á los guardias echar mano á un hombre de bien que se tambalea!

Casi siempre es un obrero. ¡Naturalmente! Trabaja toda la semana, ve la abundancia ó la aparente felicidad de los demás, no le quedan para divertirse el domingo más que dos ó tres pesetas, con las cuales no hay placer posible en ninguna parte... ¿qué ha de hacer? ¡Se embriaga!

Y observa qué injusta es la humanidad y cuán poco observadora.

El borracho hace casi siempre algo que es lógico, razonable, reflejo del progreso y la civilización modernos.

Le pega al matrimonio, es decir, á la mujer.

Insulta á la tiranía, es decir, al Gobierno, representado por el guardia que pasa por la calle.

Compra y no paga.

Iguala las condiciones porque tutea á todo el mundo.

¡Hace lo que le da la gana!

Lo mismo digo de los ricos. Nadie se embriaga por gusto, y el hombre bien educado no bebe por beber, sino porque bebiendo no existe. Nadie se emborracha comiendo con la familia, ni al lado de su mujer, ni rodeado de sus hijos, ni en las barbas de su padre. Es un placer que se va á buscar fuera, como se van á buscar los medicamentos á la botica. El que perdió, para no pensar en la ruina; el que fué víctima de la mujer amada, para olvidar la herida que le mana sangre del alma; los ausentes, para acortar las horas...

Ya ves la fama de formalísimos que los alemanes tienen en el mundo.

Pues nadie ignora sus costumbres durante la pasada guerra.

«Vivía (me ha contado un médico francés que estuvo muy considerado de los prusianos) vivía con diez ó doce oficiales que todos los días después de comer leían la carta de su mujer, su madre ó su novia, bebiéndose cada uno una botella de champagne hasta quedar ébrios con la carta apretada entre las manos y olvidando por algunas horas la ausencia y la guerra».

¡Recurso natural de personas ilustradísimas!

Aquí, en París, donde la vida es tan dura y el trabajo tan penoso, se ven siempre borrachos por la calle. En Inglaterra sucede lo mismo. El pueblo bebe, porque se consuela; la aristocracia, porque se distrae de su carencia de sol, de la aburrida y ceremoniosa vida que se hace. La sociedad más distinguida acaba sus banquetes debajo de la mesa. Las mujeres... ¡Oh, las mujeres en Londres son bebedoras con exceso!

En España apenas hay borrachos, porque en España apenas hay pesares. El carácter alegre, las costumbres sencillas, las necesidades pocas, las leyes blandas, el cielo azul, el amor desinteresado, el clima dulce, el trabajo poco penoso; no hay, pues, necesidad de embotar el cerebro para que no piense, ni ambicione, ni aborrezca, ni desee... El español puede soñar despierto.

La borrachera es una necesidad de estos pueblos modernos, donde cada día es una batalla por la vida.

Algunas noches, en mi soledad del invierno pasado, y después de un día agitadoísimo entre los negocios, el periodismo, la literatura, las visitas, París, en fin, que ataca á la cabeza y trastorna el cerebro más sano, razón por la cual la locura hace aquí las veces de nuestra pulmonía, entraba yo en mi cuarto y repetía los versos aquellos de Montalván, cuando hace decir á uno de sus personajes:

«¡pensar! ¡ay, Dios! en mi despecho
é imaginar cuando la noche calma,
que ha de sobrarme la mitad del lecho
y ha de faltarme la mitad del alma...»

Estaba solo, lejos de la familia, fatigado, ausente de la patria, harto de hablar veinticuatro horas en idioma que no es mío, deseoso de trabajar y rendido al cansancio... y entonces volvía los ojos á la botella de vino de Frontignan, que sabe á uvas, y que suelo renovar cada ocho ó diez días. Me acordaba de las *orgías unipersonales* que se daba á sí mismo Narciso Serra, entre dos copas del ambarado zumo que regocija sin ruido y adormece sin sueño, me acostaba haciendo discursos hacia adentro é improvisando versos contra mí mismo... Te lo repito, me falta el valor de mi deseo, pero si llego á la edad de Noé, me temo que mis nietos vengan á cubrirme.

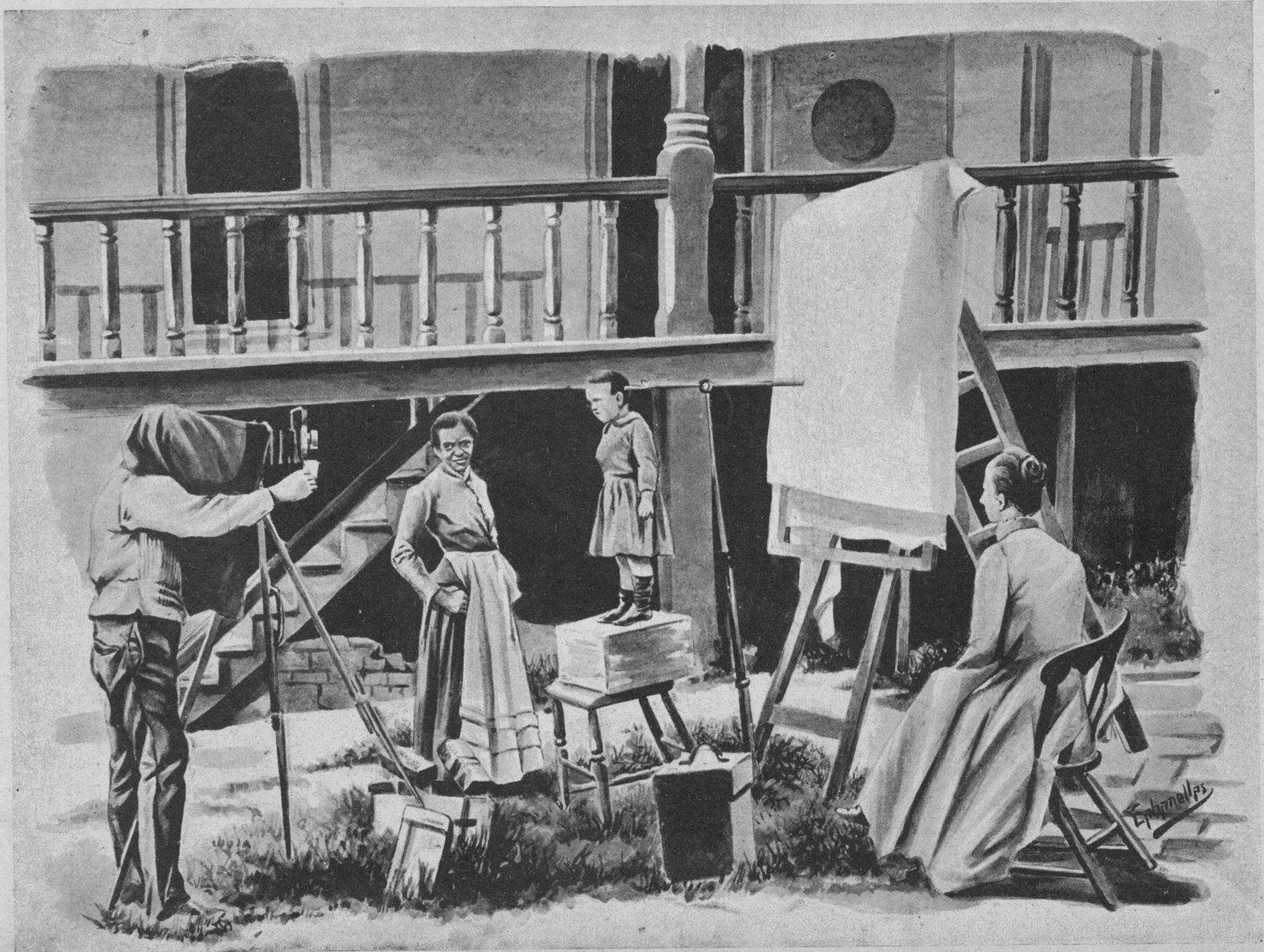
Nosotros creemos que Noé fué el primer beodo del mundo; los árabes creen otra cosa.

He aquí la leyenda:

«El primer sultán que se emborrachó fué Amurates IV, quien encontrando un día en su camino á un turco llamado Beery Mustafá, se vió apostrofado por éste de un modo indecoroso. El gran señor no creía lo que veía.

—Ese hombre está borracho, le dijeron.

—¿Sabes—dijo Amurates al ébrio—que yo soy el sultán?»



—¿Y sabes tú—respondió el turco—que yo soy Mustafá? Si me vendes Constantinopla te la compro, y entonces Mustafá serás tú y el sultán seré yo.

—Pero ¡miserable! ¿con qué vas á comprarme Constantinopla?

—¡Ah, tonto!—dijo el borracho—si empiezas á razonar te compro á tí, porque, después de todo, tú eres el hijo de un esclavo.

A la mañana siguiente el sultán hizo conducir á su presencia al atrevido.

—¡Ah, señor!—dijo éste apenas entró—si tú conocieras el estado en que yo me hallaba anoche, lo preferirías al imperio del universo.

Amurates bebió hasta caerse, y desde aquel día conservó á Mustafá á su lado y siempre se embriagaban juntos».

—¡Oh, sí. Pepe Bremón, mi amigo queridísimo! apelo á tu proverbial buen sentido. La embriaguez debe ser gran cosa, de su belleza responde nuestro idioma que pone siempre el *alias* más aceptado.

¡La borrachera es mona!

Mi botella y yo te enviamos la expresión de nuestro invariable cariño.

—¡Adios! ¡oh Pepe! te anuncio que todo lo que ha sucedido en el mundo hasta la fecha es mentira.

E. BLASCO.

Filigranas

I

CONSEJO

Cristiano y caballero, tu corazón y labio
perdonen al que agravio
cobarde te infirió.

Mas olvidar la ofensa, borrar el torpe insulto
de la memoria, hágalo el sinvergüenza estulto;
el hombre digno, no!

II

EN UNA CALAVERA

De dos enigmas solución sabida
tienes ya ¡oh trozo de materia inerte!
¿Dónde acaba el enigma de la vida?
¿Dónde empieza el enigma de la muerte?

III

CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes;
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso les prestan savia
latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas veneración,
que toda cana flor es que brota
sobre el sepulcro de una ilusión.

IV

CURIOSIDAD

No por forma de estricta galantería
de hombre cortés
te dije, ha pocas tardes:—Señora mía,
beso sus pies.
Que te los ví, al descuido, cierta mañana
sin la botina,

y de decir á gritos me entró una gana:

«¡cosa divina!»

Desde entonces curioso, pues Dios lo quiso,
descubrir quiero
si tienes algún ángel del paraíso
por zapatero.

V

SAMBENITO

Tú la patria conduces al abismo,
su limpio pabellón manchando estás...
te absolverán los hombres del presente;
mas la justicia histórica... ¡jamás!

VI

DE ENRIQUE HEINE

Gatazos negros miedo me inspiran
gatitas blancas mi tirria son.
Yo quise á una como á mis ojos,
y tal araña me dió la pérfida
que aun brota sangre mi corazón.

VII

BECQUERIANA

No me agravia el desdén, mujer perjura,
de tu vil corazón que amores miente.
Pará ahogar tan inmensa desventura...
en las bodegas venden aguardiente.

VIII

EPITAFIO

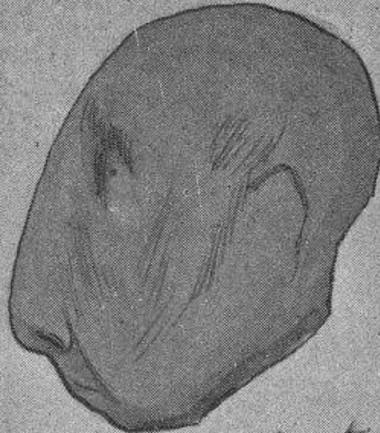
Aquí la Hacienda Nacional reposa:
la alumbran cuatro funerarias velas:
la chuparon la sanrge, y fué á la fosa
víctima de infinitas sanguijuelas.

RICARDO PALMA.

Mineralogía



FAMILIA DE LOS Presidentes
(Quarzo)



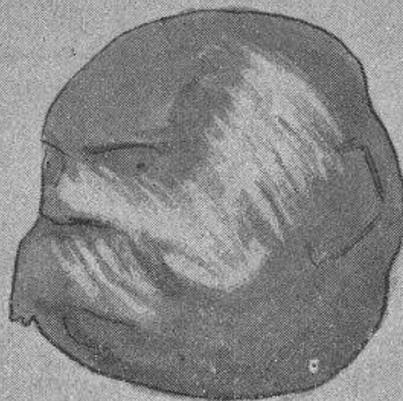
Familia de los Santos
(Fosa)



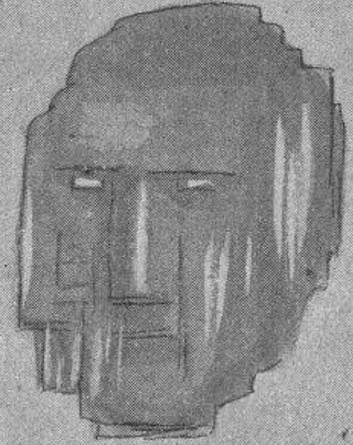
Familia de los negros
(Hulla)



Familia de los torpes
(Pedernal)



Familia de los verdes
(Plomo)



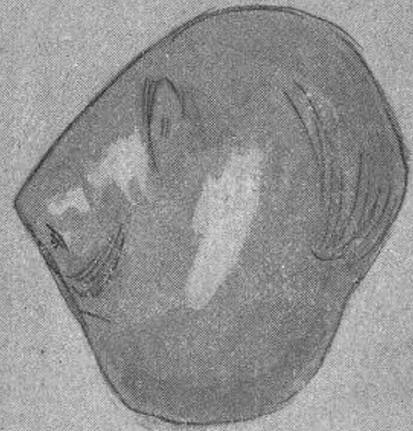
Familia de los románticos
(Cristal)



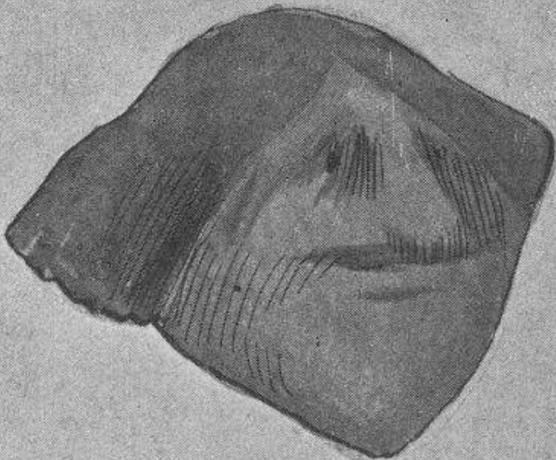
Familia de los viridos
(Piedra pover)



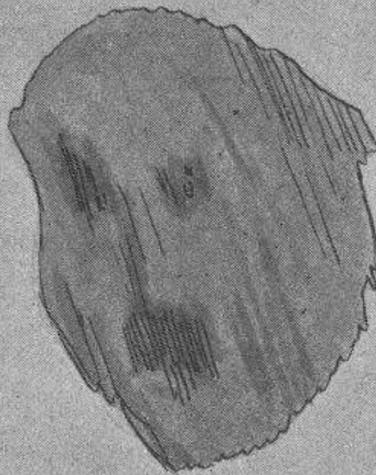
Familia de los chicos listos
(Diamante en bruto)



Familia de los avituocados
(Ovo)



Familia de los toreros
(Piedra romana)



Familia de los maestros de escuela
(Pizarra)



Familia de los filósofos
(Piedra... filoful.)

Xaudaró



En el estudio de un pintor.
 —¿Cómo va el arte?
 —Divinamente.
 —¿Vendes mucho?
 —¡Ya lo creo! Ayer vendí mi último lienzo.
 —¿Cuál?
 —El del catre.

—A pedirle vengo, Cano,
 la mano de su Leonor.
 —¿Con qué cuenta usted, señor?
 —Con los dedos de la mano.

B. VARAGAÑA.

Se extraña por algunos que varíe tanto con el tiempo el lenguaje de un pueblo, y no se tiene en cuenta que hasta el de las balas ha variado. Antes las balas, al cruzar la atmósfera, producían un *silbido*, mientras que hoy el ruido que hacen cuando van disparadas se parece más á un *gemido* ó á un *ronquido*, y la misma causa influye en ambos fenómenos: la mayor velocidad.

Antes los pueblos iban más despacio que hoy en todo, y las balas, cuyas velocidades han podido ser medidas con exactitud, recorren hoy 600 ó 700 metros en el mismo tiempo que empleaban para recorrer 200 cuando había fusiles lisos. Hoy todo ha de marchar muy de prisa so pena de quedarse rezagado y perdido.

Entre un maestro de escuela
 y un médico hay igualdad;
 aquél enseña la *lengua*
 y éste la manda enseñar.

JESÚS RIOSALIDO.

Ahí van, por una sola vez, unos cuantos colmos.

El colmo de la habilidad para un peón.— Arreglar el *camino*... de la gloria.

Para un editor.— Hacer una edición del *libro* de la Naturaleza.

Para un sastre.— Hilvanar una *manga* de agua.

Para un zapatero.— Clavar á unos zapatos un par de *talones* del Banco.

Para un maquinista.— Detener la locomotora en las *estaciones* del año.

Para un astrónomo.— Estudiar las fases de la *luna*... de miel.

J. BOGUÑA.

—Bájate el vestido, niña.
 Se te van viendo las piernas.
 —¿Las piernas? ¡ay, no, mamá!
 ¿no ves que llevo las medias?

Correspondencia

H. S.—Gijón.—Amemos á la humanidad, seamos castos y prudentes .. y no escribamos quintillas de seis versos. ¿Quiere usted?

Marcial.—¡Anda, anda! Pues si esos cantares eran ya viejos el año de la Nanita.

D. P.—Madrid.—Y esos... esos para cantares son demasiado nuevos. ¡Como que son los primeros que veo en versos endecasílabos!

Un escritor.—Y tan bueno, que escribe *artar* y *beneno*.

P. Pito.—Si quiere usted mandar la firma para tres de los epigramas...

G. G.—Madrid —Pues, mire usted: los romances largos y pesados... son, por regla general, pesados y largos; es así que el de usted es largo y pesado; luego es pesado y largo. ¡Y que me entren moscas con esta lógica!

Salero.—Se conoce que lo ha puesto usted todo en el nombre. Porque lo que es en la poesía...

A. de R.—Eso de hacer asunto de la falta de asunto... é ir componiendo versos mientras tanto... es de lo más antiguo que usted puede imaginar. ¡Y cuidado que podrá usted imaginar cosas antiguas!

D. H., Un *churumbel*, R. de R., *Manivela*, G. Q., *Deditos* y A. C. F. (Barcelona).—M. M. L. (Valencia) —S. L. (Sevilla).—P², *Pepin Hillo*, M. R. y C. L.—(Madrid)—No son publicables. Y perdonen ustedes lo lacónico de la contestación.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
 al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *—

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos
 Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona